

UN CUENTO DE AQUELLA EPOCA

Guillermo Mazariegos
Departamento de Letras

Han pasado muchos años y ha llegado la hora de hacer una breve aclaración; no porque me vea obligado, ni porque crea que sea indispensable, pero a ustedes, mis pocos lectores, les puede interesar algo que sospecho acerca de la inspiración. Hago esto después de años de bregar entre letras, libros, universidades, congresos e instituciones que se hacen a sí mismas la reverencia por ser ellas las arcas donde se guardan el secreto de la sabiduría, el monopolio del saber y la fuente de la fantasía. La cuestión es más sencilla, más humana y natural, inherente, menos técnica y, por supuesto, más difícil de explicar.

Este escrito consta de dos partes: la primera es una breve relación de lo que fue mi vida con Isabel, y la segunda parte es un cuento que vio la vida en aquella época en la cual descubrí que toda conquista es una situación pasajera. La vida es, pues, inconquistable. Lo eterno es el único imperio que permanece erguido e indómito, velado a nuestros ojos y a nuestra razón, accesible sólo a través de la rebelde fantasía.

La época con Isabel:

Después de algunos meses de irreplicable felicidad, Isabel me fue dejando poco a poco, se fue desvaneciendo en una niebla que ella misma producía con sus ausencias y desganos. Yo hubiera preferido que cortara todo de una sola vez. Un frío "ya no te quiero" hubiera sido suficiente para que yo me diera por enterado de inmediato. Pero, en cambio, planeó todo meticulosamente; desde las insoportables esperas en mi apartamento con promesa rota de hacer el amor, hasta el indolente "me olvidé". Yo estoy seguro de que no lo olvidaba; es más, creo que todo fue parte de su calculado plan separatista. Y doy por sentado que tenía un plan porque la llegué a conocer tan bien, que descubrí en ella la costumbre de planificar paso a paso su vida futura, y en algo tan importante como el amor, ella no dejaría un cabo suelto, ni uno sólo, ni siquiera el cabo con el que yo le prometía ahorcarme si me dejaba. Además, su aparente piedad le impedía asestar un golpe final y certero, el cual yo hubiera agradecido tanto. En cambio, fue dosificando la sustracción de la esperanza; la fuente se fue agotando poco a poco. Pero en cuestiones de amor la psicología funciona de extraña

manera y, desde que se tiene la primera sospecha de que un amor va a terminar, ya se sufre como si se estuviera en la más completa soledad. Su plan me castigó el doble. Yo no la acuso. Para eso la criaron, para decir "lo nuestro ya no funciona" y no para decir "ya no te quiero".

¿Lo nuestro? El dolor fue todo mío. Yo dejé a mi familia por ella. Ella me visitaba de vez en cuando. Yo tenía que vivir en aquella pocilga, lejos de un mundo que, si bien ya no era el remanso de felicidad que fue en mi niñez, aún era su símbolo, su monumento, su imagen santa, su reliquia sagrada, ante la cual sólo era necesario arrodillarse para evocar aquella felicidad perdida en los años viejos. Yo abandoné aquella capillita en ruinas que era mi hogar para sembrar un Jardín del Edén en el triste y sucio cuarto de un hotel; para tener un lugar donde estar solos y pasar días enteros totalmente desnudos, viendo caer las gotas de lluvia, viendo salir el sol, contando las palomas que los domingos huyen de los campanarios, acariciando nuestra compartida soledad hasta oír la suspirar con acento conocido.

Cuando empezó a fallar a nuestras citas decía: "Tuve que acompañar a mi madre". Y yo pensaba en la mía y en cómo me cerró la puerta en la nariz el día que se enteró de que yo tenía una amante. Una que ella no aprobaba, ni tampoco Dios. Pero, a pesar de la soledad, yo era feliz. Hasta que la relación comenzó a ir cuesta abajo. Fueron meses enteros, casi dos años de zozobra los que viví. La última vez que la vi, entre otras cosas, me dijo: "No puedo seguir llevando esta vida de pecado". Aquel día fui a misa, pero en lugar de hacer acto de contrición, pedir perdón y hacer penitencia, fui directo a darme de cabezazos a un confesonario vacío. Nunca más volví a poner un pie en una iglesia.

Isabel me dejó abandonado en una esquina, solo, con un rosario roto entre las manos y con la boca llena de las plumas del Espíritu Santo: agarrado infraganti por la vida, con excusa, pero sin poder esgrimirla.

Sin embargo, no todo fue olvido y dolor en aquella época triste. Aquel desamparo que produjo en

mí su actitud, también liberó un caudal de historias que fui escribiendo unas y contando otras. La bruma del desamor desfiguraba mi vida real y, como buen amante de la fantasía que soy, me rendí ante el inminente derrumbe de mi vida material y el virtual nacimiento de una vida onírica de ojos abiertos, de maravillas punzantes y dolorosas, como las penitencias, que un día el padre Mendoza me explicó que eran el dulce más rico cubierto de hiel; así, o al revés, era mi vida: a veces un escapismo demencial me ubicaba lejos del dolor y otras veces lo encontraba debajo de una fina capa de rica miel que yo lamía voluptuosamente. Cualquier cosa era mejor que el dolor llano y chato de la ausencia; cualquier distracción era bienvenida; cualquier leve olvido, aunque terminara bruscamente frente a la gigantesca puerta de madera, siempre bien cerrada, de la casa de Isabel, era un pequeño alivio.

Nada fue quedando en pie. Mi apartamento fue tornándose en un puerto fantasma adonde yo llegaba nadando contra corriente y al cual no quería llegar. La playa fue el borde de un precipicio; los buses, enormes ballenas que me tragaban para escupirme luego frente a mi casa; los parques, islas de efímeros contactos con la vida que flotaban en medio de una líquida soledad; los cines, fabulosas concentraciones de ángeles que desde sus butacas veían caer impávidos a sus fieles. En fin, mi vida se llenó de toda la fantasía que fuera necesaria para soportar la frialdad de cientos de campanadas que llaman a asistir a una iglesia que ya no existe, la soledad de un paseo sin Isabel, de una cama sin su cuerpo desnudo, de un amanecer sin sus ojos verdes despertando como esas ventanitas llenas de flores que hay en alguna inmunda calle de esta ciudad.

Pero, entre todo lo malo de aquella época, logré rescatar algunos destellos de fantasía; logré apartar algunos de aquellos sueños reales y los escribí sobre un papel. Aún creo que saber que una parte de toda aquella fantasía está escrita, me salvó de volverme loco o, lo que es lo mismo, de aceptar mi locura.

Uno de aquellos destellos terminó siendo un cuento, uno que todavía me gusta y que, después de tantos años de práctica, estudio y academismo, aún sobrevive a la inhumana autocrítica que le he impuesto a mi obra literaria. Cualquiera podrá comparar este cuento con obras más recientes y decir que es inmaduro, imaginativo sí, pero en el que se apuesta todo por el final. No obstante, yo insto a mis lectores a tomar más en cuenta aquel relato, que es el que sigue, como uno de los más importantes de mi carrera, no sólo por su naturaleza sino por su significado vital. Creo que si el lector conoce, aunque sea por medio de una síntesis como la anterior, mi tempestuosa vida con Isabel, tendrá a mano una herramienta para sospechar cómo

ejercen su magia las musas, la inspiración o como usted quiera llamar a esa bendición-maldición que recae sobre algunos hombres y mujeres. Yo no podría explicarlo de otra manera; de hecho, lejos estamos, ante este escrito, de una explicación, pero sí estamos ante un espejismo que, en sí mismo, es el mecanismo que durante años he tratado de desentrañar.

El cuento:

La selva es extenuante. Las aves se mecen sobre las ramas de los árboles y cantan como ninguna que haya escuchado antes. Ningún pájaro en Europa se les parece. Los ríos son inmensos, negros y escandalosos. Hemos caminado tres días tierra adentro y no nos hemos topado con hombre alguno. La selva de estas tierras parece tener ojos. Todos hemos empezado a temer algo malo, maligno. Fray Sepúlveda se ha vuelto muy popular en los últimos días. Todos quieren andar junto a él y su divino poder; todos quieren cargar las cajas donde el cura guarda su utilería divina, sus cálices, sus túnicas, su Biblia y sus hostias (que ya están mohosas y que ni el poder del Espíritu Santo han podido salvar de la mordida pagana de esta tierra). Todos quieren ayudar al gordo Fray Sepúlveda siquiera una vez, a cruzar un río, a salvar un arbusto, a rodear una piedra. Me da pena lo adúladores que se vuelven los hombres con miedo. Yo no me salvo de ese miedo que ejerce la selva sobre nosotros, pero no tengo a quien levantarle la sotana para que salve una roca. Yo estoy entregado a mí mismo. Hace algunos días, todo era distinto; hasta escuché que un grupo quería echar por la borda al padre, seguido del capitán Alonso. Hoy todos, como perros hambrientos de esperanza, lamen los pies del representante de Dios en esta selva. Yo los observo con una mezcla de repugnancia y una poca de envidia por la mínima esperanza que la humillación les produce. Yo, muy orgulloso, pero tan asustado o más que ellos.

Soy el segundo al mando de esta expedición; pero desde que sospechamos que de aquí no salimos vivos, soy el tercero. La esperanza vive en esa sucia sotana café, en esas sandalias que envuelven unos pies deformes por la gordura, en esa cabeza enorme y casi perfectamente redonda, en esos ojitos que siempre tienen hambre y que parecen de mendigo, en esas manos que no cesan de pedir ayuda, de agarrarse a cualquier brazo, a cualquier rama en cualquier instante. La esperanza es esa boca que no cesa de balbucear rezos. Y todos se han olvidado de que Dios no está ahí. Yo sólo sé que no está ahí. Más bien, estoy seguro de que está alrededor nuestro; está en los gritos de los monos, en las culebras que se arrastran ante nosotros, en el venado que huyó herido y nos dejó la baba del hambre en las bocas, en las lanzas que llevamos a cuestas, en el cajón del cura que pesa más que una catedral, y que potencialmente lo es, aunque cada vez

menos. Ahí veo a Dios. Y pego el machetazo en el arbusto y cae hacia atrás en un precipicio que termina en un inmenso río. Camino equivocado. Decidimos vadear el precipicio con la esperanza de que algún día termine al lado del río, en un lugar claro y despejado. Pero pasan los días y hemos perdido la guía del precipicio. La selva se vuelve más espesa. Las bestias son más confiadas. Ayer hemos tenido que dar muerte a un león que nos atacó sin aviso. Dos soldados resultaron heridos: Ribeyro y Úbeda. No creo que sobrevivan a la gangrena, que es como la garra de esta selva: les ha hincado las uñas y no los va soltar. Otros han comenzado a sentirse mal: fiebres y diarreas; los demás estamos aterrorizados. El cura está a punto de rendirse y con él varios de los soldados que se llaman cristianos viejos y que no saben que yo no soy cristiano viejo. Débiles, todos estamos débiles y sabemos que moriremos en esta tierra extraña, en nombre del Rey y del Papa, en nombre de España. Y tan sólo a unas leguas de aquí está nuestra nave, "La corona", esperándonos, meciéndose aburrida sobre su vientre, en la bella bahía donde hace diez días atracamos. "Encuentren oro", dijo Alonso, "nos haremos ricos, honraremos a nuestros padres y santificaremos esta tierra de bárbaros", dijo, mientras alzaba un larga cruz frente a nosotros. El se volvió a la nave a esperar noticias nuestras, mientras nosotros sudamos nuestro peso en este infierno. Y no hay oro, ni honor, ni santidad; más bien creo que cada vez son menos cristianos, cada vez vemos la muerte más de cerca y con más hambre de nuestro polvo.

El cura se ha rendido. "Que Dios disponga", ha dicho, sentándose a la vera de una raíz enorme. Todos nos hemos visto a los ojos, hemos puesto nuestras cosas en el suelo y nos hemos sentado. En el grupo ya no hay mando, nadie quiere mandar, nadie quiere obedecer. Todos, parece, hemos cedido nuestra jerarquía ante el extraño sentimiento de que nos vamos adentrando a nuestra muerte, y ahí cada uno debe entrar solo, sin órdenes ni ayuda. Todos hemos firmado un tácito acuerdo de no interrumpirnos en ese trance único, de no importunarnos unos a otros con miedos ajenos. Aquí basta el miedo que viene de adentro.

La esperanza ha muerto echando espumarajos negros por la boca; la hemos enterrado bajo la raíz donde ha pasado su última noche. Nadie se ha lamentado. Asturias ha dicho una oración y unas palabras: "Que Dios nos ampare", ha dicho, viendo al suelo y casi imperceptiblemente. Pareciera que nadie quiere rezar en público. Pareciera que Dios ya no es bienvenido: la selva nos oculta de sus bendiciones y algunos han empezado a resentir el abandono. El estandarte del Papa ha quedado abandonado hace mucho y el de España no tardará en caer.

Hoy hay luna creciente y, por suerte, nadie se ha dado cuenta de las dos lágrimas deladoras que han rodado por mi mejilla. Esa luna aún vigila el sueño de España, como el ojo de un moribundo que espera su último aliento para asestar un golpe final, no de victoria sino de venganza: zarpazo de bestia herida de muerte. Me doy cuenta de lo solo que estoy. Más solo que cualquiera de los otros, pero también un poco más libre. Libre de morir. La muerte, si uno se apresura, es la única decisión que permite la selva: morir de sed o ahogado en un río, morir en la fauces de un león o mordido por una serpiente; comer fruta ponzoñosa o morir de hambre. Pero no tomo la decisión, todos seguimos luchando. Tengo la sospecha de que el cura se dejó morir porque no soportó ser esperanza; porque se dio cuenta de que cada día se parecía más a Dios, aunque cada día tenía más y más miedo. Ahora todo depende de nuestro instinto.

Yo he estado pensando en doña María José, en nuestro hijo que ya debe estar por nacer, en el padre de María que nunca perdonó mi sangre y que me arrinconó contra el mar, y no me dejó otra opción que saltar a la primera nave que estuviera dispuesta a llevarme muy lejos de la venganza. Cuando vi las playas donde anclamos por primera vez, recordé la mirada limpia y verde de María José, su cuerpo ondulando suavemente bajo el mío, su pureza amorosamente arremolinada por mis vientos, hecha espuma; su fuerza: oculta y poderosa como las corrientes del océano. El valvén de un barco puede ser mortal para la cordura de un hombre enamorado; así que no quise quedarme en la nave mientras los exploradores se adentraban en la selva; y heme aquí, pensando en ella sin reposo y casi al borde de la muerte.

Hoy han amanecido muertos Juan de Sovalbarro y Miguel Barrantes. Sobalvarro ha permanecido toda la noche junto a mí. Mientras yo lagrimeaba en silencio viendo la luna, él me ha contado que su madre es más buena que el pan que ella hace y vende en una plaza; que su padre murió en una batalla contra los malditos moros; que tiene un hijo en una venta de algún camino de La Mancha y que algún día piensa ir a conocerlo, para heredarle en vida todo el oro que saque de esta tierra. Su tío lo ha convencido de venir aquí a convertir infieles y así vengar un poco la muerte de su padre. Luego, se ha dormido tomado de mi mano; cuando hablaba de los moros la apretaba más fuerte.

No hemos visto a un solo indio. Aquí no vive nadie, sólo bestias. Hoy, como un golpe de suerte de esos que vuelven a la vida a un moribundo, hemos encontrado el río. Descansamos dos días junto a la ribera y nos hemos turnado en la construcción de una balsa hecha de ramas. Mientras descansábamos,

mirábamos los pájaros. Los árboles cambian de color cuando las parvadas buscan refugio en ellos: se tornan rojos. "Sangran", dijo Robles, "hasta los árboles sangran en esta maldita tierra".

Terminada la balsa, los nueve sobrevivientes nos subimos a ella y flotamos río abajo. Sólo uno de nosotros tiene la misión de marcar el rumbo con una larga vara. Los demás vamos tendidos, viendo los árboles y los animales. Pensé hacer un recuento de las especies que veíamos, pero la certeza de mi muerte me ha impedido continuar. Mi abuelo hubiera disfrutado mucho con la relación de esta aventura, pero no tengo fuerzas para describir lo maravillosa que está siendo nuestra muerte.

Robles supone que el río era aquel que habíamos visto desembocar a tres leguas de la bahía donde anclamos, así que no será difícil llegar a la nave. Todos recuperamos la esperanza; yo volví a pensar en mi hijo y en María, en que algún día podría verlos, a pesar del padre y de su nuevo esposo, don Luis de Quevedo, cristiano viejo y noble afortunado.

Un día después, nos hemos dado cuenta de que el mar está cerca, se siente su olor y, poco a poco, vamos escuchando las olas. Al bordear la última curva, lo hemos visto.

Cuando decidimos que era mejor bajar de la balsa e intentar caminar hasta la bahía donde estaba la nave, ya era demasiado tarde. Pero de todas formas no sería difícil intentar llegar al barco por mar. Pateando el agua, la balsa tomó rumbo. Somos nueve y estamos con nuevos bríos gracias a este renacer que significó llegar al mar. Efectivamente, todos reconocimos que aquel era el río que habíamos visto a sólo cinco leguas del lugar donde anclamos. La delgada punta que abraza la bahía nos impide ver la nave. Nos toma dos horas bordear la punta.

Hemos llegado al centro de la bahía, desde donde se ven los estandartes del Rey y el Papa, clavados en la arena y a medio caer, pero no vemos la nave. Nos

han abandonado. Nadie dice nada. Nadie rema, nadie habla. La balsa se deja arrastrar mar adentro; ya nadie tiene fuerzas. Yo pienso que ninguno quiere volver allá, a la espesura, ni quiere volver a sentirse abrasado por la selva, aunque ella misma signifique la vida, vida dura, pero vida al fin. Nos dejamos llevar por el mar oscuro, mientras las montañas se van hundiendo en el horizonte. Estamos muriendo.

Esta es otra perspectiva de la muerte. La única esperanza es el más allá. Todos volvemos a apostar por Dios. Los murmullos de los rezos se confunden con los pensamientos:

Padre nuestro que estás en los cielos, que dejaste tu aliento a la vera de una ceiba, santificado sea tu nombre, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas aunque no perdonemos tus mil caras, tus máscaras descúbrelas un día, no nos dejes caer en la tentación de verte en cada momento de esperanza, en cada rincón de una selva, en todo insecto, en cada amor imposible, en cualquier profeta. Tú que estás sentado en tu trono, y que nos estás viendo caer por una de las tantas orillas de los precipicios con los que sabiamente rodeaste nuestros destinos, libranos del mal. Dios te salve María José, llena eres de gracia, tu señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, hijo de Alí Musa, alias Capitán Medrano, no de don Luis. Amén.

Yo nunca había visto un volcán. Ahora era toda mía aquella visión. Mi abuelo, al que recuerdo hoy -el día en que mi traición por besar una cruz para salvar mi pellejo está siendo justamente castigada- con su túnica blanca y su cimitarra al cinto que hace tantos años ya no viste, me contó que una vez, navegando hacia Formosa, habían pasado cerca de una isla que era un volcán. Lanzaba fuego hacia el cielo, olía a azufre, pero también era lo más bello que había visto en su vida; lo más bello y lo más temible. Bello como los pechos de María José, de los que algún día mi hijo mamará su vida; temible como los pechos de María José, de donde yo mamé este destino de naufrago.